

N O T A S



TRANSCRIPCIÓN ESTRECHA

Artículos y monografías recientes sobre dialectología hispánica revelan elaboración insuficientemente detenida de las cuestiones fonéticas. Se comprende la ordinaria ausencia de signos fonéticos en la discusión de tales materias. El surtido de tales signos suele ser escaso en la mayor parte de las imprentas. Es el poco rigor descriptivo y la falta de detalles lo que demuestra que en la recogida de los materiales no se ha aplicado una transcripción minuciosa y estrecha.

Innecesario es decir que la transcripción fonética es indispensable en toda investigación dialectal. La transcripción ancha en que sólo se atiende a la representación de las variantes principales de cada fonema puede bastar en los tratados de enseñanza práctica de los idiomas, en los repertorios lexicográficos y hasta en las indicaciones esquemáticas de etnólogos y antropólogos sobre lenguas indígenas. La transcripción estrecha en que se aspira a dar la imagen fonética más exacta posible de cada palabra es la forma obligada en toda monografía metódica y desde luego en los atlas lingüísticos.

Sirve la transcripción como palestra de obstáculos donde el investigador necesita aguzar su capacidad de observador, como materia documental para afirmar la memoria en la hora de redactar el estudio y como representación gráfica y sintética, siempre que la tipografía lo permita, de los sonidos que se discuten. Basta la enunciación de estos propósitos para comprender la importancia de disponer de un alfabeto fonético dotado de amplios recursos y de la flexibilidad indispensable para representar la pronunciación con todas sus particularidades y detalles. Responde a estas exigencias el alfabeto que figura en la introducción del primer volumen del *Atlas Lingüístico de la Península Ibérica*, Madrid, 1962.

En el extenso campo de la lengua española, los núcleos dialectales de visible relieve son mucho más reducidos de lo que podría esperarse de la diversidad de circunstancias y hasta del aislamiento y lejanía de muchos de los lugares en que tal lengua se habla. Entre los idiomas internacionales, el español es el que ha mostrado mayor consistencia contra el acriollamiento. Los viejos dialectos astur-leonés y navarro-aragonés, hermanos po-

bres del castellano, empujados y desalojados por éste, esconden sus últimos restos en las montañas del norte de España.

La pronunciación general o normal española se practica extensamente en todos los países de esta lengua. Son contados los rasgos del habla que diferencian a unos países de otros entre las personas instruidas. Bajo el nivel relativamente uniforme del español hablado por estas personas y aparte de los conocidos fenómenos del seseo y el yeísmo, existen en España e Hispanoamérica numerosas variedades de habla popular que, sin alcanzar el relieve de dialectos propiamente dichos, ofrecen líneas suficientes para hacerse notar.

La común experiencia señala la realidad de muchas de tales variedades dentro de los límites de cada país. En la mayor parte de los casos las notas que las distinguen son de carácter fonético. Su estudio requiere medidas más minuciosas y estrictas que las usadas en la pronunciación normal. El dialectólogo tiene que estar pertrechado de un fino oído, una percepción rápida y un delicado medio de transcripción. Estamos aún lejos de conocer el conjunto de esta trabada red de modalidades populares, cuyos trazos, a veces poco realzados, no dejan de ser siempre reales y efectivos.

La vocal *a*, fonema básico y principal en la fonología de la lengua, actúa en la pronunciación normal predominantemente con sonido de timbre medio y con modalidad más o menos palatal o velar bajo la influencia de vocales o consonantes inmediatas. En el habla popular, las variedades palatal y velar alcanzan grados más marcados, y en determinadas zonas se dan como fondo habitual independientemente de los sonidos contiguos. La transcripción necesita considerar las variedades semipalatal y semivelar junto a las formas plenas de ambos tipos.

Diferencias semejantes se aprecian en las vocales *e* y *o*, que en la pronunciación normal muestran timbre medio en posición de sílaba libre, y adquieren calidad más o menos abierta según las consonantes que las acompañan. El habla popular no procede siempre de este mismo modo. Con frecuencia, tanto la *e* como la *o* acentuadas en sílaba libre muestran tendencia al timbre abierto en unos lugares y al timbre cerrado en otros, como se ve en los mapas de los vocablos *cepa* y *boca* en el *ALPI*. Una y otra vocal necesitan signos que las representen como semiabiertas o semicerradas en relación con sus tipos respectivos.

Contra la práctica normal, en el mapa de *cojo* se advierte cómo la primera *o* reparte sus variantes entre la plena abertura y el

timbre medio, y cómo la final se cierra en algunos lugares hasta oírse como *u*. El mapa de *coz* revela que la *o* en sílaba trabada no sólo aparece con diversos grados de abertura, sino que en algunos puntos figura con timbre medio y en otros con tendencia al tipo cerrado. Como indican estos ejemplos, el tratamiento de las vocales en el habla popular es más libre y variado que en el uso normal. Falta conocer la localización de sus modalidades, tema abundante de dialectología geográfica.

La *f*, labiodental en la pronunciación corriente, se oye como bilabial en numerosos lugares, y en otros aparece como combinación mixta de ambos tipos, de acuerdo con la permanente actitud de oposición al sonido labiodental, que desde el principio del idioma rechazó a la *v* y transformó la *f* en consonante aspirada. En palabras como *fuerza*, *fuera* y *fuego*, la *f* suele llegar en el habla popular de algunos lugares a la mera aspiración caduca como soplo bilabial redondeado y aun al reforzamiento de la fricación velar.

La *s* no es sólo la consonante más abundante en el idioma, sino también la que ofrece mayor número de variedades, algunas de ellas comunes a todos los niveles del habla. Su pronunciación se reparte, como es sabido, entre los tipos ápicopalveolar, predorsodental más o menos convexa y coronodental plana. El primero de estos tipos se inclina en algunas zonas a la palatalización, mientras que los otros dos tienden especialmente hacia el ceceo. La *s* implosiva pasa por multitud de modificaciones. El mapa de la *s* en el total del territorio hispánico, sería uno de los más sugestivos y complejos de la geografía de la lengua.

La *l* y la *r* en posición implosiva oscilan y se confunden entre sí, pasando por variedades intermedias en que predomina una u otra. En posición final absoluta a veces se refuerzan o se ensordecen o se debilitan y desaparecen.

La palatal africada *ch*, de articulación relativamente equilibrada en la pronunciación normal, por lo que se refiere a la proporción de sus elementos oclusivo y fricativo, apoya uno u otro según las zonas populares. En unas alcanza el extremo de la modalidad adherente oclusiva, sin fricación, y en otras se reduce a simple fricación palatal. La variante coronodental africada, con concavidad predorsal y timbre hueco y enfático, tal vez no se reduce exclusivamente al sudeste de España y en especial a la zona murciana donde se ha registrado.

La *ll*, mantenida como palatal lateral en regiones de España e Hispanoamérica, reduce su contacto dorsopalatal en lugares de

práctica vacilante ante la corriente del yeísmo. Hay sujetos en que se observa la forma intermedia entre *ll* y *y*. Por su parte la *y* aparece con numerosas variedades entre el tipo fricativo y el africado, y la articulación más o menos suave o rehilante.

La *rr* pura vibrante puede constar de más o menos vibraciones en posiciones distintas. Con frecuencia las vibraciones se apagan y reducen a mera fricación. Más notoria es la variedad asibilada bajo diversos grados de tensión y sonoridad. En determinadas zonas las modificaciones de la *rr* abarcan al habla popular y al uso normal. Hay que añadir la *rr* uvular o velar, con sus variedades vibrante y fricativa.

Son estos puntos parte del programa fonético expuesto más extensamente en mi *Cuestionario lingüístico hispanoamericano*, Buenos Aires, 1948. Los signos necesarios para representar las variantes de cada vocal o consonante se hallan previstos en el mencionado alfabeto del *ALPI*, mucho más rico de recursos y más flexible y minucioso que el de la Asociación Fonética Internacional.

El objeto de repasar aquí los puntos anteriores es insistir en la necesidad de recoger los materiales fonéticos con mayor detenimiento del que se les suele dedicar. Rara vez se hallará nada nuevo en el habla popular respecto al cuadro de vocales y consonantes que el fonólogo llama fonemas. Los hechos diferenciadores entre las modalidades del habla consisten en las variantes de cada vocal o consonante que el fonólogo llama alófonos. En cada sujeto que se examine hay que tratar de definir hasta las más leves líneas y matices de su habla individual, que el fonólogo llama idiolecto. Pasar por encima de tales pormenores, es ignorar lo más característico y sustancioso del habla que se tiene delante.

Por fortuna, el oído es un prodigioso aparato de investigación fonética si se le cultiva y prepara con los ejercicios apropiados. Ante todo el dialectólogo debe ser consciente de sus propios hábitos fonéticos y de que sus observaciones no están influidas por su manera personal. Será desde luego persona instruida, pero acaso no ha precisado el fondo de tendencia abierta o cerrada que puede existir en su vocalismo, ni el tipo articulatorio a que su *s* pertenece, ni las particularidades que puede haber en su pronunciación respecto de las demás consonantes.

La obligada preparación analítica hay que adquirirla mediante prácticas adecuadas, las cuales deben realizarse preferiblemen-

te en grupos de participantes, bajo la dirección del más experto, de manera que cada uno sea examinado por los demás y todos se ejerciten juntamente en el análisis de personas extrañas al grupo. Al cabo de tales ejercicios se consigue que los colaboradores procedan con unanimidad hasta en los detalles de menor relieve. Es de máxima importancia evitar discrepancias valorativas, especialmente entre los encuestadores que participen en la empresa común de un atlas lingüístico. Dado el trabajo por hacer en cada país y el número de personas que tienen que tomarlo a su cargo, se echa de menos un centro definidor de unidades cardinales y variantes accesorias donde los candidatos pudieran recibir el aprendizaje indispensable, con metódica y uniforme disciplina.

La cinta magnética es un importante auxiliar que ofrece la facilidad de oír la inscripción siempre que se necesite consultarla. Pero el examen del material recogido en la cinta es, a fin de cuentas, tarea del oído. La cinta sólo sustituye parcialmente al sujeto al omitir los rasgos visibles de su pronunciación y expresión. Muchas veces, cuando se examina la cinta, se echa de menos la presencia del sujeto a cuya habla se refiere. La ayuda del oscilógrafo sólo es aplicable a determinados puntos que pueden requerir análisis especial, de ningún modo al conjunto de la grabación. Sigue siendo de primera importancia la labor que el dialectólogo bien preparado realiza aplicando sus sentidos al examen del sujeto cuya intimidad fonética trata de descubrir.

La exigencia de observación y transcripción en el estudio fonético del habla de una ciudad es aún más aguda que en el del pueblo rural. La pronunciación del campesino analfabeto, no obstante su oscilación, es más consistente y regular que la del semieducado obrero ciudadano. Representa el primero la práctica de los convecinos de su especie con más fidelidad que la que el segundo refleja respecto a su respectiva clase. En el habla familiar de la clase media se mezclan huellas de corrientes distintas y de diversas procedencias. Sólo en el nivel formal de las personas instruidas se puede advertir relativa uniformidad. Es ardua empresa, hasta ahora no lograda, la de trazar el cuadro integral de la compleja fonética de una ciudad populosa.

Campo virgen es asimismo en la dialectología el estudio de los acentos, cadencias, dejos y tonillos, tan conocidos entre las gen-

tes de cada país como difíciles de explicar. Requieren precisar la proporción en que se combinan, en cada caso, la rapidez, moderación o lentitud del compás habitual en la elocución, el efecto más o menos fuerte del impulso dinámico sobre los apoyos del acento espiratorio, el relativo grado de tensión o relajación de la actividad articularia y sobre todo el movimiento y giros de la entonación.

Considero que siguen siendo válidos los puntos metodológicos que indiqué a este propósito en el *Cuestionario* antes citado:

Tono normal. El nivel de la voz en la conversación corriente, no movido por razón emocional, se puede producir con mayor o menor altura que la acostumbrada en el uso dominante y formal. En unos lugares la impresión del habla parece grave, y en otros, aguda.

Amplitud. Las inflexiones de la voz abarcan un intervalo más o menos extenso. El campo melódico puede resultar sobrio, ceñido y aun monótono en un habla, y en otra puede resultar amplio y abierto.

Movimiento. En el desarrollo de cada grupo fónico la voz describe una línea de altura musical que puede mantenerse en un nivel uniforme o seguir una dirección ascendente, descendente, quebrada u ondulada. Desempeña este movimiento papel de principal importancia en la caracterización de los acentos regionales.

Final del grupo. Según la función que el grupo desempeña en la frase, su terminación puede ser aguda, semiaguda, grave, semigrave o neutra. Las terminaciones aguda y semiaguda se suelen producir con inflexión recta o con giro modulado o circunflejo. El modo de terminación de los grupos constituye otro de los rasgos más distintivos entre unos acentos y otros.

Hay fundamento para suponer que las cadencias regionales son acaso el fondo más antiguo y persistente del habla dialectal. Los mapas que representasen tales cadencias serían del mayor interés en los atlas lingüísticos.

Sobre la grabación de la cinta magnética y con auxilio de los instrumentos de análisis experimental, se mide la forma del grupo melódico en cada uno de los puntos indicados. En la transcripción inmediata los giros de la entonación se representan mediante pequeñas flechas que señalan la dirección de la voz.

En suma, el análisis hondo y estricto y la transcripción rigu-

rosa y precisa son condiciones previas que sirven de base en dialectología, cualquiera que sea el sistema que se haya de aplicar en la elaboración y presentación del estudio final. Las variantes fonéticas de vocales y consonantes, por pequeñas que sean, aparecen localizadas en áreas geográficas cuyos límites suscitarán cuestiones históricas de diverso carácter. El fonólogo advertirá sobre esas mismas variantes el margen de oscilación de determinados fonemas frente a la fijeza de otros. Para el filólogo serán huellas de cambios cumplidos o indicios probables de evoluciones futuras. Responderán a causas primitivas o a determinadas influencias y contactos. El objeto de la investigación fonética en el estudio dialectal es atestiguar de la manera más exacta posible la realidad infinitamente variable y sutil de la palabra hablada.

T. NAVARRO TOMÁS

Northampton, Massachusetts.

